

Recorremos el silencioso comedor donde en otro tiempo las tardes de domingo se alargaban. Al pasar me sorprende una vez más el gran cuadro de Marinita, que estalla en colores desde la pared frente a la puerta que da al jardín, donde la estatua ya casi no se ve, cubierta por las hojas en la iniciada penumbra. Nos detenemos un momento en la cocina para que Betty —la asistente doméstica que colabora con Gladys— y la enfermera me cuenten cómo anda Matilde. No hay novedades. ¿La falta de noticias es una buena noticia? Empiezo a dudar.

«Está tranquila, anoche dormí bastante bien», aclara Gladys y agrega detalles sobre las pocas palabras que cambian, los gestos con los que se hace entender. La distancia no se acorta. Es difícil penetrar el cerrado, distante mundo en el que apenas vive Matilde.

Bajamos los escalones que nos llevan a la salida. Ernesto me acompaña, hablamos poco. El perro salta contento, dispuesto a hacer otra escapada por

la cuadra; es obediente y al primer llamado regresará. Cuando llegamos a la reja, el chofer baja del auto y abre la puerta mirándonos.

—¿Qué dice, amigo, mucho tráfico? —pregunta Ernesto a un hombre sorprendido por su presencia.

—Vinimos muy bien, señor, para la vuelta quién sabe... —titubea, quiere agregar algo más y no se decide.

—En su familia todos te conocen y te quieren —digo para contribuir en un diálogo que seguramente será transmitido al grupo familiar con pelos y señales.

—Mi hijo le escribió una vez —se atreve a decir el conductor.

—Yo contesto siempre que puedo las cartas que me llegan —se anticipa Sabato.

—Por suerte le contestó. El muchacho andaba mal, lo veíamos muy caído. Le hizo bien recibir su carta. Nunca nos dijo qué le había escrito. Vaya a saber... Es un buen pibe. No consigue trabajo. Le gusta leer.

Sin saberlo, va delineando con su lenguaje modesto la imagen de uno de los

jóvenes que buscan en Sabato una respuesta, una esperanza. Ernesto me mira, supongo que quiere decirme, como otras veces: «Te das cuenta, en este mundo horrible no podemos permitir que los jóvenes pierdan la esperanza».

Hay poco que agregar; me instalo en el asiento de atrás, el chofer se ubica junto al volante. Ernesto cierra la puerta del coche, se asoma a la ventanilla, saluda y se aparta. Percibo una vez más la débil luz que protege la vigilia de los enfermos iluminando la ventanita del cuarto de Matilde. Sabato está erguido y solo en la vereda, los vecinos lo saludan al pasar. El coche arranca hacia el caos de las calles de la ciudad dominguera. En el oscuro jardín que ya se aleja, han florecido los jazmines celestes sobre el colchón de hojas secas.

Buenos Aires, 1996

Este texto pertenece a *Sabato, el hombre. La biografía definitiva*, texto que Julia Constenla escribió sobre la vida y obra del autor de *El túnel* y que Random House-Mondadori publicará en junio. ■

Comité de Solidaridad

¡Machagai ya tiene bandera de ceremonia!

Una importantísima donación de útiles, libros, electrodomésticos, bicicletas, entre muchas otras cosas, fue recolectada por el Colegio para enviarla a la Escuela N.º 810 de Machagai (Chaco). Ha sido una tarea solidaria muy importante con resultados que superaron las expectativas. El CTPCBA va por más.

Por **María Andrea Gill Peris**, del Comité de Solidaridad

El Comité de Solidaridad del Colegio agradece profundamente todas las donaciones recibidas para enviar a la Escuela N.º 810 de Machagai (Chaco).

Los chicos de esta escuela rural (128 chicos de jardín, primaria y secundaria) recibieron, hace unas semanas, muchas alegrías donadas con amor por nuestros colegas.

La lista es muy pero muy larga, pero queremos contarles que conseguimos bandera de ceremonias —la figurita difícil por su costo—, muchos libros de texto, enciclopedias de diversa índole, libros de lectura, etcétera, con los que ahora podrán tener una muy buena biblioteca que se completa con la donación de los estantes gracias al contacto desde Buenos Aires con una fábrica de muebles de algarrobo de la provincia. Entre todas las donaciones (¡112 bultos, un camión entero!), debemos destacar que se enviaron heladeras, un *freezer*, una

cocina, un microondas, televisores, equipos de audio, una computadora, impresoras, muebles, quince bicicletas para que les sea más fácil a los chicos hacer los kilómetros que los separan de la escuela, zapatos, ropa, mochilas y bolsos, juegos y muchos útiles escolares, algunos alimentos y ¡golosinas! Sí... chupetines, esos de bolita que aquí, en la gran ciudad, pasan inadvertidos en los kioscos, pero que en la otra punta de la Argentina dibujaron sonrisas.

También pudimos incluir en este envío sábanas y toallas, ropa y otros enseres para un hogar de ancianos ubicado en Machagai.

Además, en el mes de diciembre, el hogar de ancianos de Del Campillo (provincia de Córdoba) recibió pañales descartables, sábanas, toallas, perfumes y jabones, y material de lectura, también.

Es muy importante destacar que muchas de las donaciones surgieron gracias al contacto de nuestros colegas con hoteles, como en el caso

de las sábanas y toallas; editoriales, en el caso de las enciclopedias; mayoristas de perfumería y artículos escolares.

Reciban un especial agradecimiento todos los que, además de donar libros, ropa y calzado, también hicieron de nexo entre el Colegio y las empresas indicadas.

Lamentablemente, no contamos con transporte gratis ni al Chaco ni a Córdoba. Por eso, si algún matriculado tiene contacto con alguna empresa de transporte que lleve carga al Chaco o a Córdoba, sería muy bueno para ver si podemos hacer los envíos gratis.

Muchas gracias a todos los que colaboraron con tanto desinterés. Le hemos dado una gran alegría a la comunidad escolar toba de Machagai con solo un rato de nuestro tiempo, ya sea trayendo cosas al Colegio o con un simple llamado a otra persona que nos puede abrir muchas puertas. ■